

Una carta interesante de Mario Sancho

No hay razón para despreciar la cultura colonial española en América

México, 25 de Nov. de 1931.

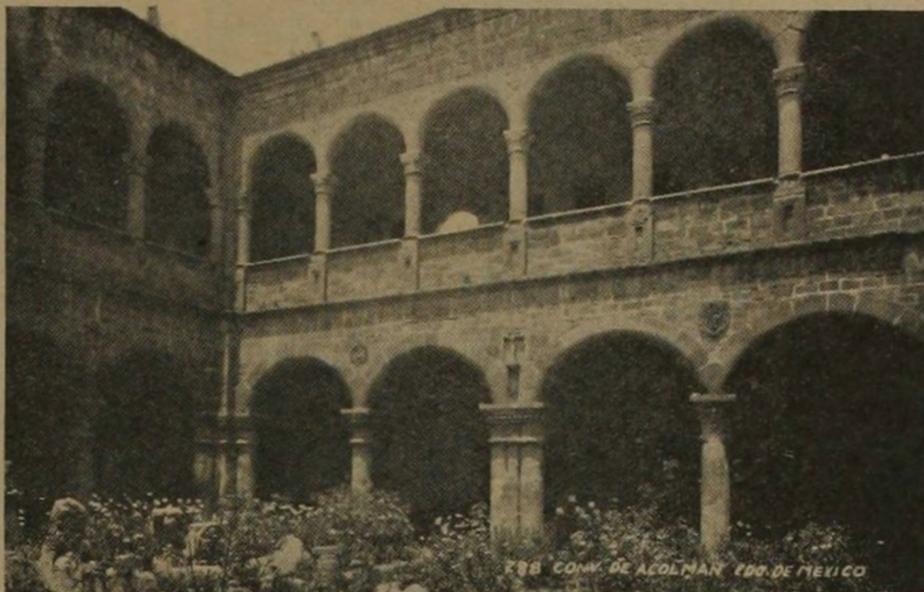
—Envío del autor—

Señor don J. García Monge,
San José.

Querido García Monge:

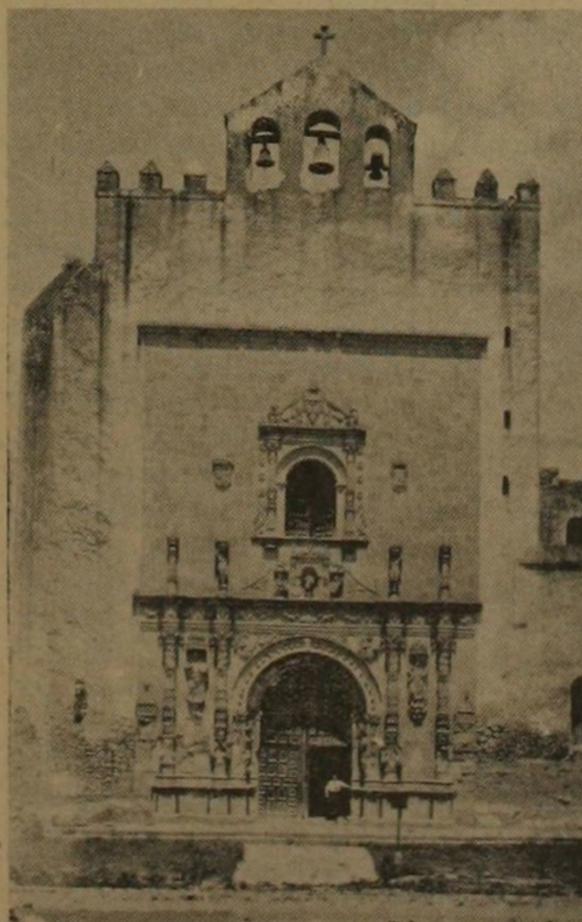
...Por los interesantes reportajes que le hacen a menudo en el *Diario de Costa Rica* veo que está usted lleno de humor y de entusiasmo. Mucho me gusta leerlo y saber de sus proyectos que ojalá se le cuajen. Los periódicos y algún libro muy de cuando en cuando constituyen mi único contacto con las cosas de allí. Ultimamente he leído con gusto la *Rosalía* de Vincenzi, divertido y a ratos admirado de que nuestro filósofo se haya metido a espigar en la literatura picaresca y a hacer alarde ingenioso de sus habilidades de escritor arcaizante. También he leído en estos días el *Epinicio* de Jinesta sobre *Juan Santamaría*, que me gustó. Está bien escrito y bien inspirado en el amor de la patria, la grande de todos, y la chica de él: Alajueta. Hay, sin embargo, una cosa en ese folleto que me mueve, como se dice en inglés, *to take exception*. "La Colonia rindió flacos frutos de arte", dice Jinesta, "y éste pasará a lo venidero, en sumarios sin garbo ni sensibilidad."

Tal afirmación, refiriéndose a Costa Rica, donde los españoles nos dejaron bien poco, casi nada en materia de arte, puede pasar, pero generalizarla, como hace Jinesta, a toda América, es un error que entraña además una injusticia, pues si hay algo que nadie, ni siquiera los historiadores más dominados de prejuicios, se atreve a poner en duda es la riqueza del patrimonio artístico que España legó al Nuevo Mundo. Otras cosas admiten discusión. Así, algunos desaprueban sus métodos de conquista; otros hallan falta en sus leyes de India que, sin embargo, Romey considera "el código más sabio, humano e insigne que se vió jamás en el orbe"; y hasta puede darse el caso, ya cada vez más raro, de que se hable todavía, tratándose de la obra cultural de España en América, de oscurantismo y chamusquinas inquisitoriales, y no de los sacrificios realizados en pro de la civilización por aquellos abnegados frailes que recorrían los países recién descubiertos a pie y en medio de grandes privaciones y peligros para educar y ayudar al indio; los primeros en aprender los idiomas aborígenes y en escribir gramáticas o Artes, como entonces se decía, de cada uno de ellos; los primeros en fundar escuelas, como la que aquí fundó en 1526 aquel admirable Pedro de Gante, que prefirió el apostolado humilde a las prerrogativas de la riqueza y de su sangre real! Pero todo el mundo está de acuerdo en hacer honor a España por las bellezas de arte que nos de-



jara en palacios, iglesias, pinturas, tallas de piedra y de madera, trabajos en hierro, en plata y oro.

Si Jinesta se diera la vuelta por México sería cosa fácil convencerle y hacerlo renegar de lo que dice. Un vistazo a la Catedral, otro a esa maravilla barroca del Sagrario y una visita a la antigua casa de los Condes de Santiago, entre las muchas mansiones señoriales de aquí, bastarían a mi intento. Pero con Jinesta, que es muchacho inteligente y de fina sensibilidad, yo no necesitaría echar mano de estas piezas gruesas de artillería. Preferiría llevarlo a Churubusco para que viera lo que es un convento hermoso que, de estar habitado, daría ganas al más mundano de meterse a fraile; o a San Angel, con sus cúpulas ra-



Ex-Convento de San Agustín Acolman, E. de Méx.
Fachada de la iglesia, después del desazolve.

diantes de azulejos; o a Tepozotlán, para que admirara el más estupendo delirio de arte barroco; o a San Agustín Acolman para que quedase encantado de por vida con la sencillez y la elegancia de esa joya del Renacimiento, — en que hasta el último detalle sirve a la sólida y al mismo tiempo graciosa perfección del conjunto, en que todo es orgánico y nada sobra—, joya única, perdida en la soledad de los campos vecinos a la laguna de Texcoco, cuyo suelo iba tragándosela poco a poco, y hubiera acabado por tragársela del todo sino hubiera sido porque Vas-

conselos la *descubrió*, tanto en sentido espiritual como material, pues me dicen que cuando el Gobierno resolvió declararla monumento nacional, estaba su pavimento bajo dos pies de agua y lodo. Pocas cosas dan una impresión más profunda de abandono, y de abandono inmerecido, como está que yo suelo llamar la Princesa del Bosque Dormiente. Recuerdo que la tarde que fui a conocerla me estuve hasta que se hizo noche contemplándola en amoroso silencio. Sólo en Venecia, en Segovia y en Toledo he sentido una sensación igual. Me sentía como hechizado por aquella bellísima obra de los frailes agustinos, caída en el olvido luego, pero conservando en su desamparo la suave resignación y la serenidad armoniosa de las grandes almas.

Este mi tan amado San Agustín Acolman ilustra bien el desvío en que hasta aquí hemos vivido de nuestros tesoros heredados de España, no sólo de los labrados en piedra, hierro, madera u oro, o de los pintados en tablas y lienzos, sino de los otros, los fabricados a fuerza de estudio, de empeño, de sabiduría y de paciencia.

No es de extrañar, pues, que allí se llamen flacos los frutos de arte de la Colonia, si aun en país más favorecido de ellos que el nuestro ha privado a veces la incuria incomprensible y el desamor injustificado de estas cosas, siendo necesario que vinieran los extraños, los americanos *materia-listas* que, sin embargo, guardan como oro en paño las tradiciones y los pocos monumentos que les quedan de sus Misiones de California, a revelárnoslas después de haberlas estudiado en sus espléndidas bibliotecas, que antes fueron nuestras, pero que nosotros, *los idealistas*, les vendimos. Y así, por obra de otra raza, se han dado a conocer muchas hazañas y grandezas de la nuestra.

En México, afortunadamente, el interés de la historia y el gusto de lo colonial cobran cada vez más popularidad y van dejando de ser lo que antes, esto es, un feudo de los Ramírez, los García Icazbalceta,